

RESEÑAS

AGUSTÍ COLOMINES, VICENT S. OLMOS (eds.), *Les razons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1998, 303 pp.

En el momento actual, pocos historiadores de la ciencia siguen defendiendo el aislamiento de esta disciplina respecto de los otros acercamientos al hecho histórico. Para el necesario diálogo entre las diversas ramas de la historia, un libro como el que nos ocupa puede resultar de gran utilidad. En él, hallamos una cuidada selección de algunos de los trabajos más sugestivos provenientes de las diversas corrientes del análisis histórico, surgidas a lo largo del siglo XX de la historiografía francesa, británica, norteamericana, alemana e italiana. Tras el predominio de la escuela de los *Annales* y del materialismo histórico, se fueron confeccionando distintas interpretaciones, las cuales, si bien han permitido suministrar sistemas conceptuales, también produjeron una crisis de los modelos vigentes, al tiempo que propiciaron la aparición de diversas tentativas de construir otro modelo de análisis, que aún hoy presenta problemas de adecuación. Y ello, como resaltan los editores (p. 56), tiene que ver con que: «Los argumentos sobre la existencia de esta crisis provienen fundamentalmente de quienes han visto desestabilizada su posición hegemónica, debido a la aparición de nuevas corrientes de análisis». Estas «nuevas» corrientes de análisis histórico, que se sirven de los instrumentos y conceptos utilizados por otras disciplinas sociales y que se reseñan en este libro son: la llamada nueva historia cultural (con conceptos hoy tan en boga como el de representación y apropiación), la microhistoria y el denominado giro lingüístico.

Para guiar al lector por este proceloso mar, los editores, A. Colomines y V. S. Olmos, han confeccionado una precisa, aunque forzosamente escueta, introducción¹, que resulta de gran utilidad para aquellas personas que no han seguido con atención el proceso señalado. Los autores hacen un amplio y profundo repaso a la «pluralidad» historiográfica contemporánea desde el tránsito del siglo XIX hasta nuestros días, haciéndose eco de los debates planteados en torno a la revisión historiográfica producida, a través de planteamientos metodológicos y teóricos nuevos y distintos, en determinados momentos del presente siglo, y en especial durante los años treinta y, posteriormente, en las décadas de los setenta y ochenta. Otros aspectos analizados refieren al progresivo acercamiento entre las «nuevas» corrientes de investigación y análisis y las ciencias sociales, que han impuesto nuevas perspectivas de enfoque a la investigación histórica. Por todo ello, este capítulo supone un excelente punto de partida para todos aquellos que quieran profundizar en el campo teórico propio de la historia, para lo cual además pueden aprovecharse de la completa selección bibliográfica incluida, muy útil para quien desee ampliar su información en cualquiera de los temas centrales del presente volumen. Por último, coherentes con el objetivo del libro: traducir, y por lo tanto poner al alcance de un público amplio una variada panoplia de trabajos de autores y tendencias distintos, los editores han hecho el esfuerzo de homogeneizar el aparato bibliográfico, así como reunirlo en más de cuarenta apretadas páginas, en las cuales, además, se nos señalan las ediciones españolas de las que tienen noticia; fruto éste de una exhaustiva búsqueda.

La miscelánea es fruto de la cuidada selección de distintos trabajos, en los que algunos de los protagonistas de la renovación historiográfica han expuesto sus reflexiones teóricas. La nómina no

¹ COLOMINES, Agustí i S. OLMOS, Vicent, «La pluralitat de la història. Concepcions teòriques i praxis historiogràfiques», pp. 15-59.

puede ser más atractiva: G. G. Iggers², R. Chartier³, R. T. Vann⁴, H. Medick⁵, E. Muir⁶, el artículo conjunto de C. Ginzburg y C. Poni⁷, N. Z. Davis⁸, P. Benedict⁹, G. Levi¹⁰ y F. Ankersmit¹¹, y por si faltara algo, ninguno de los trabajos elegidos, al menos a conocimiento de los editores, han sido antes traducidos a ninguna de las lenguas peninsulares. Por otro lado, entre los diferentes aspectos dignos de resaltar, señalaré la multidisciplinariedad que caracteriza a los artículos escogidos, en los cuales se reclama un diálogo inexcusable con las otras ciencias sociales: antropología, filosofía, filología, crítica literaria, teoría del lenguaje, sociología, etc. Esto ha servido para enriquecer los planteamientos históricos y, de paso, poner en tela de juicio determinados modelos historiográficos que predominaban, y todavía lo hacen, en el panorama histórico.

Por destacar algunos, creo que entre todos los textos, los que más pueden atraer la atención del historiador de la ciencia, son los firmados por R. Chartier, P. Benedict y G. Levi, centrados en la llamada nueva historia cultural, donde la trayectoria de la escuela francesa es indudable, aunque sin menospreciar por ello, las aportaciones realizadas desde otros ámbitos geográficos y entre ellos, sin duda, el español. Estos trabajos pueden servir como ejemplo de la transformación metodológica a la que aludo.

El artículo del profesor R. Chartier nos acerca a la problemática relación que se ha de establecer entre reflexión filosófica y la escritura de la historia, es decir, del diálogo que han de mantener ambas disciplinas como medio a través del cual, cada una de ellas ganará tanto conceptual como metodológicamente. De este modo, el autor examina las cuestiones que a él le parecen claves para entender este alejamiento entre ambas disciplinas. Para acabar, llama a la lucha contra esa idea de «continuidad lineal» (de avance ilimitado, de progreso) que ha recorrido durante mucho tiempo las distintas disciplinas sociales. Y ha sido justamente contra nociones de este tipo como se ha construido una historia, que trabaja con las discontinuidades, las rupturas y las diferencias. Para llevar a cabo tal objetivo, considera fundamental el trabajo del filósofo M. Foucault y que R. Chartier ha retomado, proponiendo una «evolución distinta, atenta a las apropiaciones que no a las distribuciones, a las construcciones de sentido más que no a las reparticiones de objetos» (pág. 93). En estrecha relación con esto, el autor analiza las posiciones adoptadas por filósofos y teóricos del lenguaje –M. de Certeau, P. Veyne, P. Ricoeur y H. White– acerca del ya clásico debate, iniciado alrededor del famoso artículo de L. Stone, publicado en la revista *Past & Present*, sobre si el discurso histórico pertenece siempre al género narrativo y si a éste, es decir al discurso histórico, se le ha de conceder un régimen de verdad propio.

Por otro lado, P. Benedict estudia en su artículo, el trabajo de R. Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, claro ejemplo de historia etnográfica, en el que se puede advertir la influencia de las propuestas de la antropología cultural de C. Geertz.

² G. IGGERS, George, «Racionalitat i història», 1993, pp. 61-84.

³ CHARTIER, Roger, «Filosofia i història: un diàleg», 1995, pp. 85-104.

⁴ T. VANN, Richard, «El gir lingüístic: Història i teoria i History and Theory», 1960-1975, 1995, pp. 105-145.

⁵ MEDICK, Hans, «Els missioners en la barca de rems?. Vies de coneixement etnològic com a repte per a la història social», 1995, pp. 147-181.

⁶ MUIR, Edward, «Observar les petiteses», 1991, pp. 183-207.

⁷ GINZBURG, Carlo i PONI, Carlo, «El nom i el com. Intercanvi desigual i mercat historiogràfic», 1979, pp. 209-218.

⁸ ZENON DAVIS, Natalie, «Les possibilitats del passat», 1981, pp. 219-227.

⁹ BENEDICT, Philip, «Història interpretativa o història quantitativa?», 1985, pp. 229-240.

¹⁰ LEVI, Giovanni, «Els perills del geertzisme», 1985, pp. 241-249.

¹¹ ANKERSMIT, Frank, «Assaig bibliogràfic», 1995, pp. 251-260.

Un extremo, éste, que pone de relieve al recordar la gran acogida que este volumen ha tenido entre el público norteamericano, y que en un momento dado, podría ser comparado con el éxito que tuvo el ya clásico best seller de C. Ginzburg¹². Desde estas premisas culturalistas, considera que el conjunto de la obra de Darnton nos permite pulsar los principales niveles culturales de la Francia del siglo XVIII. También pone de relieve que el principal atractivo de la obra de Darnton, es la utilización de una serie de textos insólitos y atractivos, a partir de los que construye su discurso, muestra de la innovación metodológica que se opera dentro de la historiografía norteamericana. En este sentido, el análisis de esta obra le sirve a P. Benedict para marcar la contraposición existente entre la confección de una historia cuantitativa y una historia interpretativa, lo que no es otra cosa que aludir a la forma en la que debe construirse el discurso histórico. De este modo, Darnton habría «construido» su obra sobre la base de un enfoque interpretativo, dejando de lado un abordaje de tipo cuantitativo, que no habría aclarado los cambios experimentados en la Francia de la Ilustración, y que sólo podrían ser reconstruidos prestando atención especial al contexto del momento.

En estrecha relación con este artículo, G. Levi responde con una cierta crítica contra lo que él entiende como «Los peligros del geertzismo», la utilización directa de los planteamientos antropológicos en los trabajos de historia, del que la obra de Darnton es un ejemplo: «la transposición mecánica a la historia de los problemas que le surgen a la antropología de su relación con interlocutores vivos» (pág. 241). Para G. Levi el problema reside en fundamentar si la antropología, con la ayuda de propuestas filosóficas, puede «traducir», o transformar, el pensamiento y los productos culturales de los «otros» en textos. Sería, por tanto, este proceso de transformación de fragmentos de la realidad en texto, lo que reclamaría una justificación, la cual podría versar sobre el continuo diálogo entre el pasado y ese «otro» y que no redujera los textos a objetos separados del sujeto, del cual son una representación. Así, superponer comprensión histórica y comprensión antropológica, al modo que lo hace Geertz, implica considerar irrelevante las diferencias existentes entre un trabajo de campo y un trabajo de archivo, lo cual puede parecernos un poco pretencioso.

Para terminar, volveré a referirme a la oportunidad de esta extraordinaria antología de trabajos, que permite al lector tener una idea cabal de por dónde van las líneas argumentales del debate historiográfico en este momento. A mayor abundamiento, frente a la mayor parte de los libros de estas características, que suelen aparecernos como portavoces de una escuela, aquí se presenta una cuidada selección de las distintas posiciones en juego. En conclusión, una buena ocasión para seguir manteniendo abierto el diálogo entre las diferentes ramas de la historia.

Sergio Rodríguez Mimiela

Universidad de Valencia.

RAFAEL HUERTAS, *Neoliberalismo y políticas de salud*, Madrid, El Viejo Topo / Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998, 190 pp.

Declara el autor haber redactado un ensayo, y no un estudio con pretensiones de «sentar cátedra» ni «crear un cuerpo de doctrina» (p. 11). Con ello no hace sino acentuar el carácter subversivo de su texto, pues nada sería más grato a un lector cómodo que poder despacharlo como parte de una

¹² GINZBURG, Carlo *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del s.XVI*, Muchnik, Barcelona, 1981.

doctrina o como un trabajo cerrado sobre sí mismo y, por tanto, no exento de dogmatismo. Incluso las reiteradas remisiones a un «pensamiento de izquierda» y el membrete de la FIM ofrecen débiles coartadas a ese tipo de lector; pues yo mismo, conocedor sólo superficial de la retórica «de izquierdas» y formado en pensamientos ajenos al marxismo comparto en su práctica totalidad los planteamientos del autor, probablemente porque aquello que, por convicción y como reconocimiento de una deuda histórica, Rafael Huertas atribuye a esta filosofía, resulta plenamente susceptible de ser compartido desde otras cosmovisiones, *a priori* menos explícitamente comprometidas en la acción política. Por otra parte, en tanto que ensayo constituye una invitación al trabajo del lector, pues sólo un perezoso cree leer la palabra «fin» cuando concluye su lectura de una pieza perteneciente a este género literario.

Debo insistir, pues, en que uno de los méritos mayores del libro reposa en lo que obliga a pensar, en lo que propone a través de cuanto describe y analiza. Otros méritos, en los que lo anterior encuentra apoyo y realce, son la honestidad de los planteamientos y el atrevimiento en la enunciación de propuestas comúnmente descalificadas como utópicas. No me refiero con esto a la mera arrogancia adolescente, sino a la madura decisión de aceptar la posibilidad de «perder el suelo bajo los pies», de aventurarse a cuestionar el soporte histórico, social y cultural sobre el que construimos nuestra existencia, a sabiendas de que no es tarea de un día el hacerse con una base nueva.

Esta actitud resulta estimulante; para la cultura dominante es un ejercicio perfectamente lícito postular, en términos de sobra conocidos, «el fin de la historia», pero en el marco de esa misma cultura se considera un sinsentido plantear con convicción la radical insuficiencia del capitalismo. Y eso es, explícitamente, lo que pretende el estudio de Huertas desde el análisis del campo que le es más conocido, el de la salud. Aunque el mismo autor parezca perder a veces este hilo conductor -sobre todo al final del libro-, tal vez en aras del pragmatismo, la tesis más fuerte del ensayo es, precisamente, ésta: que es imprescindible liberarse de la insularidad de la perspectiva médica para afrontar creativamente los problemas de salud; que la salud de los seres humanos sólo en parte depende de la medicina, pues en parte no menor depende de las políticas de producción, de acceso a los bienes, de distribución de recursos (*passim*, especialmente en p. 139) ... en síntesis: de un nuevo modo de entender la vida en sociedad.

Produce tristeza -al menos se la produce a quien esto escribe- que, a estas alturas, esto pueda sonar irrazonable o utópico, y más aún que pueda sonar a nuevo, pues es tan viejo al menos como el siglo que se acaba. Si parece nuevo es porque no hemos aprendido nada, lo que equivale a decir que, si alguien se siente hoy en el «fin de la historia», puede asegurarse que la asignatura le va a quedar al menos para septiembre. Pues hay que recordar que de nada sirvió reconocer que la primera guerra mundial representó la crisis del modo de vida burgués capitalista, ya que esta crisis no fue definitiva -es decir, que nadie, salvo el recientemente fenecido estado soviético, se la tomó en serio- y desembocó a corto plazo en una segunda guerra aún más bestial que la primera. Con absoluta honradez reconoce Huertas la honradez no menor, dentro de sus condicionamientos, de quienes pusieron en marcha -desde el poder político y económico y desde las bases- el modelo social del Estado del bienestar (pp. 131-140); pero, como historiador, no puede dejar de ver que, a la postre, esto no representaba sino una reparación en el interior de una estructura irremediabilmente deteriorada (p. 145). El mayor mérito del ensayo, así como su punto más débil -por paradójico que esto parezca- es la ambición del planteamiento. No es casual que, como ya he señalado, el autor se vea obligado a menudo a ceñirse al ámbito más concreto de la medicina, por más que este ámbito sea concebido con la mayor amplitud, desbordando los estrechos márgenes de la orientación curativa centrada en el individuo. En esta perspectiva resulta de gran valor el muy lúcido análisis crítico que realiza de la actual autolimitación -inocente unas veces, interesada otras- del discurso salubrista más oficial (cap. III). Como instrumento de trabajo para demoler los prejuicios inherentes a ese discurso me ha resultado del mayor interés la distinción que establece -tomándola de Filipec- entre «estilo de vida» -uno de los *mots d'ordre* de ese discurso- y «modo de vida» (p. 118), en la que se

pone de relieve de manera evidente la peligrosidad de ciertas consignas apriorísticamente neutrales, cuando no valiosas y bienintencionadas. La orientación preventiva es, presuntamente, más «progresista» y más «social» que la curativa; pero, tal como están las cosas, sus supuestos progresismo y comunitarismo están como mínimo bajo sospecha.

Aprecio, igualmente en medida suma, la defensa que el autor realiza de un organismo supranacional como es la Organización Mundial de la Salud, especialmente por realizarse con el telón de fondo de la incursión en políticas sanitarias y sociales de otras organizaciones supranacionales de distinto jaez (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, pp. 33-40), así como el reconocimiento del papel que, en esa nueva sociedad a la que aspira, tendrían organizaciones y movimientos no encuadrados en las estructuras políticas más clásicas, como partidos o sindicatos (pp. 160-170), reconocimiento que constituye una buena prueba de la actitud abierta del autor, así como del carácter nada utópico de su propuesta: cabe pensar -viene a decir- en una sociedad en la que no necesariamente se hagan las cosas como se han hecho hasta ahora.

Con todo, si el planteamiento general es no utópico, pero sí desiderativo, no puede decirse que el diagnóstico de situación sea poco realista. Desde esta perspectiva, uno de los mayores logros del estudio consiste en sistematizar de forma clara, comprensible y resumida, los riesgos inherentes al actual posicionamiento neoliberal en materia de salud (pp. 40-57): aniquilación de los principios de «universalización de la asistencia y gratuidad en el momento de la misma»; «disminución del peso específico de los profesionales en aras de la intervención tecnológica»; «acumulación de capital» por parte de la «empresa médica» -no enriquecimiento del profesional concreto-; «hospitalocentrismo» (neologismo que no me gusta demasiado) basado en -y fomentador de- «la competitividad entre hospitales»; «captación de clientes» previa «selección» de los más rentables; «atomización del sistema» (algo, como los dos asuntos precedentes, totalmente razonable dentro del individualismo competitivo propio del modelo); gestión privada de fondos públicos y, por fin, restricciones hetero o autoimpuestas en la prescripción de medicamentos.

Para terminar deseo señalar uno de los aspectos más interesantes del libro: la reivindicación de una consideración histórica y teórica de los problemas sobre los que reflexiona. Es interesante, afirmo, porque la chapucera coartada ideológica del adversario al que se enfrenta es el tan manido «fin de la historia», que propone como instrumentos intelectuales para hacerse cargo de la realidad disciplinas «pragmáticas» como las que explícitamente se descartan en la p. 13 del libro de Huertas: «la economía o la sociología de la salud, la epidemiología social o la política sanitaria» que, a su juicio -y al de quien esto escribe- están al servicio de «toda una 'ideología de la salud' que está detrás y sirve de basamento a las acciones concretas de las políticas sanitarias neoliberales» (*Ibid.*). En esta convicción encuentra su motivo y su fuerza la ardiente defensa del análisis histórico (pp. 155-156), pues «forma parte, en sí mismo, de un determinado concepto de Salud». No es casual que el estudio termine con unas palabras que sólo pueden leerse en perspectiva histórica; una perspectiva que, en este caso, es también la de la esperanza, la más opuesta a la despreciable resignación de otros discursos (permítaseme introducir algunos subrayados): «es preciso que el *poderoso y diverso colectivo* que sustenta un proyecto emancipador recorra *todas y cada una de sus contradicciones* (...) y que al hacerlo fragüe la creación de respuestas que vayan perfilando, aunque sea lentamente, un *proyecto general de transformación*».

Luis Montiel

*Historia de la Medicina.
Facultad de Medicina. UCM.*

JOAO RUI PITA, *Farmácia, Medicina e Saúde Pública em Portugal (1772-1836)*, Coimbra, Minerva Editora, 1996, 577 pp.

Se publica aquí una excelente tesis doctoral sobre la enseñanza farmacéutica en la Universidad de Coimbra en el fin del Antiguo Régimen. Este aprendizaje, desde el rey Felipe, se quiso asociado a la Universidad, aunque como la cirugía subalterno a la medicina. Las reformas pombalinas mantienen esta unión de la farmacia con las aulas universitarias, si bien han pasado muchos años y hay notables novedades. La medicina ha adquirido formas modernas, reaccionando contra los clásicos, en especial contra Galeno en nombre de Hipócrates. Se ha asociado a la ciencia moderna, en especial a la historia natural y a la química, apoyos necesarios para el conocimiento del mundo de las drogas. También se ha pretendido cambiar la forma de aprendizaje y ejercicio médicos, que se hacen en forma nueva en el hospital. También la práctica médica queda organizada como materia pública, pues la higiene se convierte en tarea de gobierno. Abundante legislación, textos de interés y farmacopeas nuevas inician la modernidad.

La cátedra de Materia Médica y Arte Farmacéutica fue esencial para un buen conocimiento de los medicamentos. Antes las medicinas simplemente se recolectaban, ahora empieza una nueva tarea. Por un lado, un mejor conocimiento de los medicamentos gracias a los modernos naturalistas que, desde Linneo, son capaces de conocer sistemática y científicamente las plantas. Por otro, la química es capaz de buscar los principios constituyentes y activos de los remedios, que con el tiempo se podrán aislar y, mucho más tarde, sintetizar o producir de nuevo. Para la enseñanza de la farmacia se mantiene un camino práctico, para el que fue imprescindible la creación del hospital universitario y, sobre todo, del «Dispensatório Farmacêutico», donde los boticarios podían aprender la manipulación y preparación de medicamentos. Tras dos años de este ejercicio eran examinados por el boticario del Dispensatório en presencia del catedrático de Materia Médica y de su demostrador. En fin, en 1836 se creaban las Escuelas de Farmacia de Coimbra, Lisboa y Oporto, anejas a la Facultad de Medicina de la primera (decreto 5 diciembre de 1836) y a las Escuelas Médico-Quirúrgicas de la segunda y tercera ciudad (decreto de 29 diciembre de 1836).

Desde la Ilustración, la medicina y la farmacia se consideraban tarea de los déspotas ilustrados, que debían velar por la salud de sus vasallos, fieles a sus ideas poblacionistas. Con un primer origen pombalino -en las reforma de Coimbra se ordenan- se empiezan las farmacopeas. También se produce una amplia legislación intentando mejorar la salud pública, con origen en Ribeiro Sanches. Las distintas farmacopeas, la legislación sobre medicamentos y profesión y las peleas con los médicos, intentando valorar la profesión son analizados. Es el estudio de la conversión -como en la cirugía- de una actividad artesanal en otra universitaria, científica y pública.

José Luis Peset

Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC.

MICHAEL KUTZER, *Anatomie des Wahnsinns. Geistkrankheit im medizinischen Denken der frühen Neuzeit und die Anfänge der pathologischen Anatomie*, Hürtgenwald, Guido Pressler Verlag, 1998, 293 pp.

El libro de Michael Kutzer, realizado como trabajo de habilitación, aborda la concepción médica de la locura desde mediados del siglo dieciséis hasta mediados del siglo dieciocho. La obra

comienza estudiando las distintas facetas del modelo principal para la explicación de la locura en la medicina científica de dicho período. Según este modelo - el llamado «Geisteskrankheit als Leibkrankheit»-, la insania consistía básicamente en una enfermedad corporal, cuya fisiopatología radicaba en un cambio cualitativo de la sustancia cerebral y de sus elementos funcionales: los espíritus animales. El cerebro quedaba situado, así, en el punto central de la patología anímica; siendo, para unos, un lugar de encuentro entre el alma y el cuerpo, mientras que, para otros, constituía especialmente el centro rector de la motricidad y la sensibilidad.

En el contexto de esta orientación básica, el autor analiza a lo largo de las siguientes secciones que configuran el trabajo, de una forma sumamente detallada, el cambio que se fue operando en las premisas teóricas de la consideración de la locura a lo largo de ese amplio espacio temporal de la Modernidad. Vemos, así, en un largo viaje en donde llama la atención el amplio número de fuentes manejadas, muchas de ellas poco conocidas, que si el cerebro para los médicos del XVI era concebido como una sustancia, llena de vida y de alma, que daba cobijo a capacidades y fuerzas de variada índole, éste pasó a ser, en la segunda mitad del XVII, un complejo mecanismo tubular de donde el alma había desaparecido casi por completo. Las capacidades mentales que en el XVI aparecían como residentes en los distintos centros de la sustancia cerebral, fueron a parar en el XVII a las regiones inmateriales del espíritu, desde donde, a través de un centro cerebral, establecían de alguna u otra manera contacto con el cuerpo, quedando las funciones del cerebro orientadas a regir la actividad sensorial y motriz.

El cerebro, en suma, dejó de ser ese tradicional órgano del espíritu para convertirse en el órgano de los nervios. Esta permuta, que el autor, siguiendo a Fleck, contempla desde su consideración como un cambio del estilo de pensamiento (Denkstil), se dejó sentir también en el giro operado en la protoidea (Urídee) de los espíritus animales, que de agentes accesibles a las potencias psíquicas se tomaron sustratos físicos subordinados a un órgano anímico de carácter monocéntrico.

Kutzer nos muestra cómo en relación con este cambio conceptual fueron apareciendo una multitud de modelos explicativos en los que se entremezclaba lo experimentado y lo construido, lo metafórico y lo mecánico. A su través, no fueron pocas las nuevas consideraciones médicas que fueron haciéndose hueco en la concepción de la locura, de tal forma que la fisiología de la locura de los primeros siglos de la Modernidad no fue en absoluto un sistema mortecino basado en premisas filosófico-teóricas anticuadas, sino, como afirma explícitamente el autor, «un concepto vivo y discutido, en el que confluyeron las reflexiones originales, las observaciones de la experiencia médica y los conocimientos científicos».

Uno de esos procederes científicos a los que en este trabajo se dedica una mayor atención es el del llamado método anatómico; interés que resulta muy explicable si se tiene en cuenta que, como el autor hace notar, la investigación del sustrato anatómico de las enfermedades anímicas tuvo su comienzo más de un siglo antes de que tomara forma, con Morgagni, la patología orgánica propiamente dicha. Este proceder proporcionó aportaciones muy significativas, por ejemplo, en relación con la función desempeñada por el cerebro en el entendimiento, la sensación o el movimiento. Pero, según Kutzer, el método anatómico no supuso, en lo que al avance de la fisiología de la locura compete, ningún cambio revolucionario. Las consideraciones fisiológicas de la locura no eran lo suficientemente concretas como para poder ser referidas a cambios anatómicos precisos, con lo que la conexión entre la fisiología y la anatomía de la locura raras veces dio lugar a referentes lo suficientemente seguros. De ahí la conclusión del autor de que, a pesar de la progresiva somatización del cerebro y de sus funciones, el método anatómico no pasó de ser a lo largo del XVII «un método heurístico entre otros muchos» para el conocimiento de la locura.

El paso de una conceptualización básicamente de carácter fisiológico de la locura a otra de carácter básicamente psicológico no se empezó a dar, de hecho, hasta avanzado el siglo XVIII. El nuevo estilo que fue surgiendo en este siglo, entendiendo el estilo como el conjunto de todos los productos de una época determinada, hizo considerar como agotadas las metáforas en las que la

fisiología cerebral y nerviosa se había estado apoyando hasta entonces, lo que dejó cada vez más espacio para el desarrollo del dualismo cartesiano y para la consiguiente psicologización (en donde la psique como tal, el alma, se desvanecía cada vez más en el lenguaje psicológico al quedar progresivamente identificada con la mente). Con todo, la aplicación del dualismo en el terreno de la patología psíquica fue frecuentemente cuestionado, todavía bien entrado el XVIII, por los médicos con experiencia clínica, incluso por aquellos más inclinados al pensamiento cartesiano. La continuidad de la nosología tradicional fue muy visible también a lo largo del dieciocho, como el autor pone de relieve, entre otros ejemplos, a través de la perduración del antiguo modelo conceptual de la frenitis.

El contenido del libro, del que las anteriores líneas constituyen un sucinto resumen, se estructura en torno a las siguientes secciones: la anatomía patológica de los siglos XVI y XVII y la disección del cerebro; la doctrina médica de las enfermedades anímicas (con una especial dedicación a sus aspectos corporales), que, a su vez, tiene tres secciones: la que delimita sus bases fisiológicas conjuntas, la que estudia la nosología y la patología especial de las distintas enfermedades anímicas (frenitis, manía, melancolía y melancolía hipocondríaca) y la dedicada a perfilar el aparato metafórico de los conceptos explicativos de la locura; las aportaciones de la anatomía cerebral para la concepción de las funciones y de los desórdenes mentales; la utilización de las nociones locacionistas en las enfermedades anímicas; y, por último, los hallazgos obtenidos en las disecciones de los enfermos mentales.

El conjunto configura un libro equilibrado y concienzudo, lleno de matices apenas conocidos en relación con la visión de la corporalidad de las enfermedades anímicas en el Mundo Moderno. Pero entre sus no pocos aspectos destacables, quizás dos lo sean especialmente: por un lado, el cuidadoso escrutinio del aparato metafórico utilizado por la fisiología cerebral y nerviosa del período y de la interrelación entre ese discurso imaginativo y el lenguaje de la experiencia; y, por otro, el pormenorizado relato de la búsqueda anatómica de la sede de la locura y el uso de los hallazgos a que dio lugar como constataciones tanto de las nuevas como de las viejas formas de pensar la locura por parte de la medicina moderna.

Ángel González de Pablo
Historia de la Medicina,
Facultad de Medicina, UCM.

RICARDO GONZÁLEZ LEANDRI, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, Madrid, CSIC, Biblioteca de Historia de América, 1999, 259 pp.

La historia de las profesiones en Argentina ha estado llamativamente desatendida. El riguroso estudio de González Leandri sobre la formación de la profesión médica en Buenos Aires es uno de los primeros intentos al respecto, sobre todo desde un historiador preocupado por los procesos político-sociales a través de una visión microsocial que evita connotaciones estructurales e interpretaciones lineales y progresivas. A través del análisis de un conjunto heterogéneo de fuentes poco conocidas –revistas médicas, prensa periódica, documentos y memorias de organismos públicos–, el autor establece una cronología particular sobre el proceso, iniciado hacia 1850 con la organización nacional y que termina en 1886, coincidentemente con la nueva ley

universitaria y el inicio de un mayor control médico-social, que debe considerarse efectivamente a partir de 1890.

Entre 1850 y 1870, González Leandri plantea en la Provincia de Buenos Aires la existencia de un verdadero entramado de médicos con y sin título legal, extranjeros y locales, «inteligentes», curanderos y matronas que dificultaban a los profesionales establecerse como tales, habida cuenta de una frontera no demasiado clara entre los médicos y los «otros». La necesidad de la diferenciación médica aparece reflejada en la creación y adaptación de jerarquías y símbolos, así como la crítica hacia una situación confusa e ilegítima, que se significa en el deseo de consolidar una identificación, es decir, en la formulación de una autodefinition profesional.

A partir de un análisis puntual, la epidemia de fiebre amarilla de 1871, se analiza el inicio del control médico-higiénico, que como todo proceso no fue mecánico ni puede considerarse ahistóricamente, teniendo en cuenta sólo los resultados de finales de siglo. Por el contrario, González Leandri expresa que en principio diversos actores sociales podían decir y hacer sobre higiene, no necesariamente médicos, en un espacio donde el poder local podía manifestarse como ineficaz o acéfalo, había escasez de recursos, instituciones sanitarias indefinidas en sus funciones y una élite con fuertes nociones caritativas.

La comparación con otro sector de profesionales de la salud, los farmacéuticos, le permite al autor analizar desde una perspectiva diferente el proceso de profesionalización de los médicos, en la medida en que se contraponen a la visión de unos y otros acerca de cuestiones concretas, como la legislación y las competencias corporativas. Es interesante en este sentido la apreciación de marcadas distinciones sociales entre médicos y farmacéuticos, así como un contacto mucho mayor «entre pares», que relacionaba en forma horizontal a los médicos con los altos sectores de gobierno.

Un sector de médicos notables se distingue del conjunto informe de facultativos, a partir de su acción concreta dentro de la élite política bonaerense y de su pertenencia social. La limitada acción profesional, considerando la competencia por un mercado escaso de clientes y la escasez de cargos públicos, llevó a la confrontación interna entre la élite de notables y los nuevos profesionales emergentes, verificada en la pugna por las cátedras universitarias y en los órganos de expresión médica, como la prensa, así como en las organizaciones corporativas de los profesionales médicos. Una situación similar se observa a través del estudio pormenorizado del funcionamiento interno de otras instituciones médicas, como la Academia de Medicina, donde, a partir de los conflictos entre diversos sectores médicos, se produce el desarrollo de estrategias alternativas entre estudiantes y profesionales jóvenes que llevan en ocasiones a impugnar a la élite.

A partir de 1880 es posible distinguir una nueva etapa para la profesión médica, donde se produce una ampliación de los polos de poder, lo cual se evidencia tanto en la universidad, en la formación de una prensa médica autónoma y de una nueva asociación, el Círculo Médico Argentino, como en la consecuente aparición de una institución para estudios médicos que impulsó la apertura de consultorios gratuitos para la atención de los sectores más carenciados.

El autor considera de manera especial la vinculación con el Estado, al establecer la profesión médica en Argentina como una *learned profession*, donde los médicos definieron sus áreas de incumbencia y consolidaron instituciones propias a partir del apoyo estatal. Lo verdaderamente curioso es que, en el caso argentino, los médicos no actuaron como grupos de presión que intentaron incidir en el aparato estatal o en sus gobernantes, sino que estos mismos, sobre todo sus ideólogos principales como Sarmiento y Avellaneda, insistieron a los médicos para que se disciplinaran y organizaran y luego ocuparan los espacios tanto materiales como ideológicos que el Estado les brindaba a partir fundamentalmente de una legislación excluyente. El autor enfatiza que el monopolio médico fue real desde 1890 y que la etapa estudiada no puede plantearse en los mismos términos, sino como un proceso de persuasión social y político que implicó la consolidación del *status*

profesional, pero considerando en todos los casos las dificultades, los conflictos y las contradicciones de los médicos entre sí y con los sectores gobernantes.

María Silvia Di Liscia
Instituto U. Ortega y Gasset
UNLPam, Santa Rosa, Argentina

PETER J. BOWLER, *Historia Fontana de las ciencias ambientales*, México, Fondo de Cultura, 1998, 467 pp.

El profesor de historia y filosofía de la ciencia, en la *Queen's University* de Belfast, Peter Bowler es muy conocido por sus controvertidos estudios sobre darwinismo y evolución –títulos como *Evolution: the history of an idea*, y *The eclipse of darwinism*, son referencias bibliográficas de consulta obligatoria-, pero, probablemente, su *The Fontana history of the environmental sciences* sea, en lengua castellana, uno de sus trabajos menos difundidos a pesar de la impecable labor de síntesis informativa que caracteriza al texto. Traducido en 1998 sobran motivos para la satisfacción. Bowler mantiene una actitud crítica en su investigación histórica. Si su desacuerdo con la estandarización científica no le exime del error, sí le posibilita realizar un análisis histórico novedoso introduciendo heterodoxas variables a la hora de validar la ciencia como factor social. Su historia de las ciencias ambientales participa y desarrolla este enfoque. Es una historia de ideas sobre el pensamiento ambientalista presente en la relación hombre-naturaleza a lo largo de la historia de la humanidad. Su libro no es un mero catálogo de fechas, nombres y descubrimientos, sino un inteligente discurso que enhebra la aguja del conocimiento científico con el hilo de su significado social para reconstruir la historia de un cambio: la sustitución del concepto de naturaleza por el de medio ambiente. Por este motivo la relación atañe no sólo a la historia de la biología, también a todas aquellas disciplinas implicadas en el conocimiento de la Naturaleza: geografía, física, geología, ecología, teoría de la evolución, etcétera; y tampoco sólo a ellas, sino a una ideología común que las imbrica multidisciplinariamente desarrollando un programa unitario que conduce al siglo XX: pensar la relación individuo-medio bajo la noción de ecosistema.

Bowler es un historiador de la teoría de la evolución, y el tema se manifiesta en la obra. Está presente como teoría de la tierra y también a través del significado evolutivo que los fósiles adquieren en su calidad de especies extinguidas; aparece como argumento de una época, la Ilustración, enfrentándose al dominante modelo creacionista bajo la sutil relación de la cadena del ser, y toma forma definitiva bajo la atenta mirada de los *naturalistas filósofos* que preludian la *Edad de la evolución*. Momento en el que la historia de la vida comienza a definir una nueva biología alejándose de los parámetros exclusivamente morfológicos y fisiológicos, es el comienzo de la ecología. Teorías, actitudes, proyectos, relaciones sociales, descubrimientos, personajes, política, ambiciones, industrialización, exploración, recursos naturales, sistemática, evolucionismo, geomorfología, deriva continental, tectónica de placas, naturaleza y cultura, teoría sintética, ecología y ecologismo, son planteamientos que Bowles administra en su libro con maestría y conocimiento de causa para identificar el vínculo entre el hombre y la naturaleza. Transcurrida casi una década desde su edición original inglesa, la *Historia Fontana de las ciencias ambientales* es un valor en alza, una obra de lectura obligada para legos y doctos, algunos de los cuales tienen mucho que aprender.

Andrés Galera
Depto. Historia de la Ciencia, IH, CSIC.